

Habiendo enviado los griegos á Pepino un órgano, el primero que se había visto en Francia, se lo regaló á la iglesia de Compiègne, y como á la sazón metía tanto ruido la heregia de los iconoclastas, convocó un concilio, en el cual discutieron sus teólogos sobre esta materia con los doctores griegos. Decíase proverbialmente: *Hábil como Pepino*. Dió pruebas de su constancia en proseguir la realización de sus designios en la expedición contra la Aquitania, que no abandonó hasta que fué dominada esta provincia. Así incorporó á la Francia germánica la Alemania y la Galia, y fué el primero entre los bárbaros que la avasalló toda entera, cual lo había estado en tiempo de los romanos. Reconcilió la aristocracia con el trono, restituyéndole los poderes usurpados por los mayordomos. Díjase que conocía ya lo que con posterioridad ha demostrado la esperiencia, esto es, que los franceses no podían echar raíces en Italia; pues en vez de procurar adquirir para sí propio, hizo donación de lo que adquirió al pontífice, contentándose con debilitar á los longobardos y con estorbar que la unión de toda la Península preparara un rival á la Francia. Hasta los mismos papas á quienes daba la independencia, quedaban ligados á su persona

en virtud de sus beneficios, de suerte que nada tuvo que temer de su engrandecimiento.

Temido de los bárbaros fué venerado por los suyos, aunque le faltaba una cualidad que hace mucha impresion en las gentes toscas, una apostura magestuosa. Sabiendo que algunos de sus cortesanos se habían divertido con su corta estatura y su corpulencia, de donde le vinieron sus sobrenombres el *Breve* y el *Gordo*, les convidó á ver la lucha de un toro y de un leon; luego como este hubiera asido y derribado á su contrario, volviéndose Pepino hácia los magnates que le rodeaban les dijo: *¿Quién de vosotros tiene valor para obligar al leon á que suelte su presa?* Y como nadie hiciera ademán de querer arriesgarse á ello, añadió: *Yo se la haré soltar*. Empuñando entonces su ancha espada, saltó á la arena, embistió al feroz animal, y del primer golpe le echó la cabeza al suelo: del segundo hizo saltar la del toro; dirigiéndose enseguida pausada y sosegadamente al lugar donde había dejado su comitiva, dijo: *David era pequeño y derribó á Goliath; Alejandro era pequeño, pero valia por ciento más altos y de mejor porte que él por su desnudo y por su brazo*.

CAPÍTULO XIV

CARLOMAGNO.—FIN DEL REINO LONGOBARDO.

Su gloria fué eclipsada por la de su hijo, y así se inscribió sobre su sepultura lo siguiente: *Aquí yace Pepino, padre de Carlomagno*. Sin embargo, este último no hubiera podido merecer el sobrenombre de Magno, si su padre no le hubiera dejado un reino robustecido y consolidado por la fusión de elementos heterogéneos, de la misma manera que Alejandro no hubiera dado cima á tantas hazañas, si Filipo no le hubiera allanado el camino.

Cárlos y Carloman—Al morir Pepino, repartió el reino entre sus dos hijos, en conformidad á la antigua costumbre, que señalaba á cada uno de ellos una porción igual del país franco y del territorio romano. Cupieron en suerte á Carloman la Ostría y la Borgoña, y á Cárlos la Neustria y la Aquitania (1). No tardaron en separarse, seguido

cada uno de sus leudos y fieles: el primero fué coronado en Soissons y Carlos en Noyon (9 octubre de 768). A su advenimiento fué de nuevo sublevada la Aquitania por Hunaldo, padre del asesinado Waifro, quien después de haber permanecido veinte y tres años en un convento para expiar allí su fratricidio, salió entonces para vengar la muerte de su hijo. Impaciente el país bajo el yugo germánico, se apresuró á proclamarle, y algunas semanas bastaron para consumir la pérdida de una provincia, que había costado á Pepino ocho años de guerra. Cárlos, aunque reducido á sus propias fuerzas sometió la Aquitania. Hunaldo logró escaparse y permaneció algún tiempo en un convento de Roma: luego, cuando vió á los francos en guerra con los longobardos, fué á ofrecer á éstos un brazo y un odio que no habían alcanzado domeñar la edad ni el infortunio. A fin de mantener á la Aquitania en la obediencia, la repartió Cárlos entre condes francos (769) y construyó junto al Dordoña una fortaleza, llamada después Fronsac, donde un corto número de ostrianos tuvo á raya un país agotado por tantas guerras.

Cárlos, que cumplía á la sazón veinte y cinco años, había adquirido ya madurez en los campeonos y en el gobierno de la Ostría. De elevada y magestuosa estatura, tenía la tez clara, y un vigor á prueba de toda clase de fatigas; de una conversacion viva, impasible en los reveses como en los triunfos, respetuoso hácia la religion, amigo de las ciencias, instruido en todo cuanto se sabía

(1) Véanse: *Genealogia regum Francorum*; los Anales de las diferentes ciudades, las crónicas y los versos coleccionados por PERTZ, tom. I, II; y las vidas de los santos contemporáneos.

EGINHARDI, *Vita Caroli magni*, es el monumento más precioso de la época.

MONACUS SANGALLENSIS, *De gest. Caroli M.—Capitularia Caroli, M.—Epistole Caroli M.*, Alcuini, Hincmari.—*Diplomata Caroli M.—Codex Carolinus*.

Véanse también:

ANASTASIO BIBL., *Vita Pontificum*.

GAILLARD, *Historia de Cárlos M.*

BOEHMER.—*Regesta chronologica diplom. Carolum, die Urkunden sämtlicher Karolinger in kurzen Auszügen*. Francfort, 1833.

DIPPOLD.—*Leben Kaiser Karls des Grossen*, Tubinga, 1810.

PHILIPPS, *Deutsche Gesch.*, t. II.

MOESER, *Osnabrückische Gesch.*, t. V.

LEDEBURG.—*Kritische Beleuchtung einiger Punkte in den Feldzügen Karls des Grossen*, Berlin, 1829.

J. ELLENDORF.—*Die Karolinger, und die Hierarchie ihrer Zeit*. Hesse, 1838-39.

Esto sin contar á los conocidos Baronio, Muratori, Guizot, Sismondi, Montesquieu... y las historias universales y germánicas, especialmente Luden.

en su tiempo. Cuando todavía no están determinadas las instituciones sociales y cada cual atrae á sí la mayor parte de autoridad que puede, si llega á presentarse sobre el trono un hombre dotado de carácter enérgico, firme en sus designios, no bastando nada á apartarle de la senda que se ha trazado, arrastra fácilmente á los demás en pos de su huella. Son aniquilados los rebeldes: limitanse los descontentos á murmullos sin resultado: se convierten en instrumentos los hombres activos del que modera el impulso de su brazo con la inspiración de la prudencia. Tal fué Carlos, y quizá en su carácter personal, más bien que en otra cosa, consiste el ascendiente que ejerció sobre sus contemporáneos.

Al revés, se nos pinta á Carloman como uno de aquellos hombres medianos, á quienes la superioridad de los demás ágría hasta el punto de hacerles ásperos, suspicaces, y que recelando de las personas eminentes, depositan ciega confianza en individuos incapaces. Algunos de estos últimos, y especialmente el duque de Auquerio, pagado para este fin por el rey de los longobardos, procuraron animarle en contra de su hermano; y se dejó ablandar por sus sugerencias hasta tal punto, que maquinaron contra su vida. Si no estalló la guerra entre ellos, se debió á la intervención de Berta, su madre. Carloman tardó poco en morir (771), dejando dos hijos de edad tierna. Ahora bien, no considerando el derecho germánico á los pueblos como una propiedad trasmisible por herencia, y teniendo la dignidad real por una carga, mirándola como una magistratura conferida por el comun sufragio libremente, los señores de los países dominados por el rey difunto, eligieron en su lugar á Carlos (2), quien se halló de esta suerte á la cabeza del Estado más poderoso de Europa.

Carlomagno y Desiderio.—Aquí empieza una serie de guerras, á las cuales debió Carlomagno la fortuna de encumbrarse al alto puesto que la posteridad no le ha disputado. Desiderio, rey de los longobardos, había esperado poder reparar á la muerte de Pepino las pérdidas que le había hecho experimentar este monarca; pero cuando la espedi-

(2) «Los historiadores franceses pasan de largo por esta acción de Carlomagno, como si fuera la cosa más insignificante haber usurpado á sus sobrinos un reino, que por todas las leyes divinas y humanas les era legitimamente debido.» MURATORI, ad. ann. 771.

No conocemos ninguna ley divina que obligue á dar á los hijos el reino del padre. Si existía á la sazón alguna humana, el historiador hubiera debido citarla; pero jamás hemos oído hablar de ella, ni otros tampoco. Al contrario, vemos constantemente mantenido hasta entonces el derecho de los magnates para elegir rey. Sin embargo, es costumbre introducir aquí las palabras impropias y las ideas enteramente modernas de usurpación y herencia. «Carlos, dice Sismondi, con tanta avaricia é injusticia como hubiera podido hacerlo uno de sus antecesores, despojó á la esposa y á los hijos de Carloman de su herencia y les obligó á huir á Italia, etc.»

ción de Aquitania vino á darle á conocer que Carlos no cedía en nada á su padre en valor y habilidad, pensó seriamente en ganarse su afecto. Hizo, pues, que se le propusiera la mano de su hija Desseada ó Hermengarda, y le pidió la de su hermana Gisela para su hijo y colega Adelquis. Pero el papa Estéban no pudo menos de mirar de reojo un pacto que debía poner en peligro los intereses temporales de la Santa Sede y los de Italia. En su consecuencia, escribió á Carlos en términos sumamente enérgicos, para que no diera el escándalo de repudiar á Imiltrudis, vástago de una familia ilustre entre los francos, con objeto de tomar otra mujer en una raza detestada de Dios é infestada de lepra; exhortándole también á no entregar á uno que, merced á él solamente conservaba el reino, la hermana que había negado al emperador griego. Berta, que contemplaba este doble matrimonio bajo un aspecto completamente distinto, se dirigió en persona á Italia para concluirlo (770). En Roma conferenció con el papa, á quien hizo que concediera Desiderio algunas ciudades que le había arrebatado; y aunque no parece que llegara á realizarse el enlace proyectado entre Gisela y Adelquis, volvió ella á pasar los Alpes llevando consigo á Hermengarda. Infeliz niña que con los dolores y la humillación debía compensar el breve gozo de haberse sentado al lado del mayor rey.

Desórdenes en Roma.—Las principales familias que habían usurpado la elección de los consules que sucedieron á los magistrados decuriones, y á menudo también la de los prebendados, habían adquirido grande ascendiente en la Romaña sobre las demás clases por los empleos, por la riqueza, por la fuerza, y pretendían tomar parte en la elección de los papas. Especialmente era ambicionada la cátedra de San Pedro por estas familias desde que los pontífices se habían hecho príncipes, y aun recurrían á veces á la violencia para ocuparla. A la muerte de Paulo, sucesor de Estéban II (767), reunieron sus bandas armadas (*schola*) cuatro hermanos de una familia patricia, entre los cuales se contaba el duque Toton de Nepi, é hicieron proclamar á la fuerza á uno de ellos llamado Constantino, que todavía era seglar: obligaron á Jorge, obispo de Palestina, á que le confriera las órdenes, y habiéndole instalado en el Vaticano, hicieron que le jurara fidelidad el pueblo romano.

Pero los romanos aguantaban con gran trabajo al nuevo jefe que había sido impuesto á la cristiandad. El primiciero Cristóbal y su hijo Sergio, dignidad de la Iglesia, se evadieron, bajo pretexto de ir á tomar el hábito de monjes, al país de los longobardos de la Baja Italia, cuyo socorro reclamaron para espulsar á Constantino de la sede que había ocupado indebidamente.

Teodiceo, duque de Espoleto, con el beneplácito de Desiderio, hizo partir un cuerpo de soldados á las órdenes de un tal Valdiberto, que se prometía entregar la ciudad á sus compatriotas. Efectivamente fué tomada Roma, perecieron muchos, y el

papa quedó prisionero. En medio del desorden de la invasión extranjera, Valdiberto saca á un sacerdote fuera del monasterio, y clama á voces: *¡Viva el papa Felipe! San Pedro es quien le ha elegido.*

Pero aquel primiciero Cristóbal, penetrado de las intenciones de los longobardos, escitó á un gran número de romanos contra el recién elegido, que fué depuesto, y con sujeción á las formas canónicas se nombra á Estéban III, de Reggio (768). Constantino privado de la vista se presentó ante un concilio reunido en San Juan de Letran, implorando su compasión y confesando su culpa, lo cual no le libertó de ser azotado. El concilio derogó los actos de su pontificado y le condenó á hacer penitencia hasta su muerte. Además declaró que jamás sería promovido ningún seglar á obispo ó papa, y que no asistiría á la elección ningún individuo militar ó laico; que mientras la elección durara, no iría á Roma ninguna persona desde las plazas de la Toscana y de la Calabria, y que no se entraría en su recinto con armas ni bastones. Convicto Valdiberto de maquinaciones se le sacaron asimismo los ojos.

Entonces Cristóbal y Sergio fueron enviados á Desiderio por el papa para reclamar los bienes y las rentas pertenecientes á la Santa Sede (3). Desiderio les entretuvo con buenas palabras, diciendo que iría en persona á arreglar la diferencia. En tanto ganó á su causa á Pablo Axarta, camarlengo papal que inspiró desconfianza al papa contra Sergio y Cristóbal. Noticiosos éstos del peligro que corrían, levantaron tropas y pusieron la ciudad en estado de defensa, de tal modo, que cuando apareció Desiderio cerca de las siete colinas, encontró una resistencia enérgica, recurrió de nuevo á la astucia, é invitó al papa á dirigirse á su campamento para entenderse con él acerca de las ventajas y derechos que tenía que restituir á la Iglesia, pero tan luego como salió de Roma escitó allí Axarta una sedición contra Sergio y Cristóbal. Iban ya á venir á las manos cuando regresó el papa y se interpuso á fin de calmarlos ánimos.

Desiderio en Roma.—Siempre desleal Desiderio invitó al papa á nueva conferencia en San Pedro, que se hallaba entonces estramuros. Cuando se presentó en aquel recinto mandó cerrar las puertas y le mantuvo preso, obligándole á enviar orden á Cristóbal y á Sergio de que depusieran las armas y de llegar á unirsele ó de retirarse á un convento. Éstos, abandonados por sus parciales, salieron para correr al lado del papa, quien, restituido á la libertad, les dejó á ambos en la basilica, á fin de que llegada la noche pudieran volver á entrar en Roma sin peligro, pero violando Desiderio la san-

(3) *Pro exigendis á rege Desiderio justitiis beati Petri.* ANAST, *Vita Stephani*, III, p. 178. Es decir, las rentas de los bienes eclesiásticos situados en el reino longobardo y en las ciudades ocupadas por Desiderio.

tidad del asilo, les arrancó de allí y les mandó sacar los ojos (4).

Satisfecho de haberse vengado, retrocedió Desiderio sin haber restituido cosa alguna. No podía esperar el papa apoyo del rey de los francos, yerno del rey de los longobardos, pero no tardó en ingerirse entre ellos la discordia. Carlos, entre cuyas virtudes no se contaba la constancia en el amor, se cansó muy pronto de Hermengarda (776), y la envió á su padre para contraer matrimonio con Ildegarda, princesa de Suabia. Esta afrenta irritó á Desiderio, y como Gerberga, viuda de Carloman, se había retirado á su corte con sus hijos á fin de libertarse de las asechanzas que temía por parte de su cuñado, proclamó los derechos de los dos huérfanos á la herencia paterna y requirió al papa para que los ungiera reyes de los francos.

Adriano en Roma.—Adriano I, hijo de Teodulo, duque de Roma había sucedido á Estéban III (772). Lento en adoptar un partido, aunque dotado de gran perseverancia, vió que no atañía al papa elegir el rey de una nación libre, tanto menos cuanto que esto atizaría la guerra civil: por lo cual respondió que quería como pontífice vivir en paz con todos los cristianos; y que tampoco podía fiarse de un príncipe que había faltado á todas las promesas hechas á su predecesor. Entonces Desiderio, lleno de cólera, ocupó otras ciudades de la Pentápolis, bloqueó á Ravena y devastando las campiñas se adelantó sobre Roma.

Invitación á Carlomagno.—Habiendo hecho Adriano cuánto estuvo á su alcance para conjurar la tempestad, no pudo resistir, á pesar de la buena voluntad de su pueblo (5), é imitó á Zacarías dirigiéndose á Carlomagno á fin de que acudiera á proteger la Iglesia de que era defensor oficial. Carlos procuró inducir á Desiderio, por medio de sus

(4) Se halla espuesto el hecho de diferente modo en una carta de Estéban III á Berta (CENNI, I, 267). Allí se dice que el detestable Cristóbal y su más que malvado hijo Sergio, habían urdido una trama con Toton, enviado de Carlomagno, para dar muerte al pontífice; pero Dios le salvó, merced al socorro de Desiderio. Llamados al Vaticano rehusaron presentarse, y habiendo empuñado las armas, espulsaron al pontífice de Roma. Abandonados después se habían refugiado en San Pedro, donde les había defendido el papa con esfuerzo contra la muchedumbre, que pedía á voces su sangre. Pero como quisiera hacer que volvieran á entrar en la ciudad para asegurar su salvación, fueron presos y cegados sin su consentimiento ni noticia.—Esta versión es preferida por Muratori y por el mayor número de escritores, aunque Cenni, Pagi y Cointe, han supuesto que esta carta había sido arrancada al papa por Desiderio, ó que había sido falsificada en su cancellería. Con efecto, otra carta (CENNI, I, 274), así como los biógrafos de Estéban y de Adriano cuentan este suceso del modo que hemos adoptado por considerarlo más verosímil.

(5) El papa convocó *universum populum Tusciae et Campanie et ducatus Perusini, et aliquantos de civitatibus Pentapoleos; omnesque parati erant, si ipse rex adveniret, fortiter... illi resisteret.* ANASTASIO.